

REQUIEM POR UN "PLAY-BOY" PORFIRIO RUBIROSA



Cinco mujeres en la vida de un «play-boy»

CON la muerte de Porfirio Rubirosa se cierra probablemente un capítulo de la crónica galante de nuestra época. Cuando aún no se aplicaba a nadie la denominación de «play-boy», él fue uno de los primeros en serlo. Y ahora, tras ese accidente en el que ha hallado la muerte, puede decirse que con él se extingue la extirpe del «play-boy»,

al menos en la acepción más restringida que hombres como Rubirosa pusieron en órbita.

Producto de entreguerras, el «play-boy» nace en un mundo en el que pese a las inquietudes políticas, a la amenaza de un conflicto próximo o a la violencia contenida de una postguerra atómica, aún hay posibilidad de revivir los momentos caducos de una

caduca «belle époque». El «play-boy», heredero de Casanova, a bordo de su descapotable, luciendo los últimos gritos de la moda parisina, deportista, millonario, hombre de mundo, es una flor extraña en nuestro siglo: tiene algo de los últimos románticos, de los desgarrados vitalistas de principio de siglo, pero quizá su talante humano sea algo más simple y la

razón de su existencia, su presencia como fenómeno social, responda a motivaciones sencillamente irracionales, si entendemos por tales las que se derivan de un cierto comportamiento erótico.

Nacido hace cincuenta y seis años en la República Dominicana, hijo de un general, Porfirio Rubirosa hizo su aprendizaje en París. Allí estudió y

Rubirosa y Odile Rodin en la fiesta de fin de año de 1960, en el palacio de Saint Moritz. El impenitente seductor se estabilizó sentimentalmente con Odile.





cinco señoras Rubirosa: Flor de Oro Trujillo, Danielle Darrieux, Doris Duke, Bárbara Hutton y Odile Rodin, la última esposa, viuda, del hombre de mundo dominicano.

se trasladó a los mejores colegios de Europa. Practicó el boxeo y otra serie de deportes. En 1932 contrajo matrimonio con Flor de Oro Trujillo, la hija mayor del dictador dominicano. A partir de este momento comienza la carrera de Rubirosa. Es nombrado embajador de su país en Berlín. Antes había llegado a ser oficial del Ejército —sin haber pasado por Aca-

demia militar alguna—, secretario de Embajada y encargado de negocios: se tenía confianza en él. Su primer matrimonio duró diez años. Durante este tiempo, Rubirosa pudo introducirse en los ambientes distinguidos de Europa. Se divorció de Flor de Oro y meses después contrata su segundo matrimonio, esta vez con Danielle Darrieux, que en aquella época

era la máxima estrella francesa. Cinco años duró este enlace. Porfirio Rubirosa debió hacer balance: corría el año 47, el mundo atravesaba una postguerra cruel, él había conquistado, gracias a sus dos matrimonios anteriores, el mundo de la diplomacia, el mundo del espectáculo, el gran mundo europeo. También, y éste es un aspecto poco conocido de la persona-

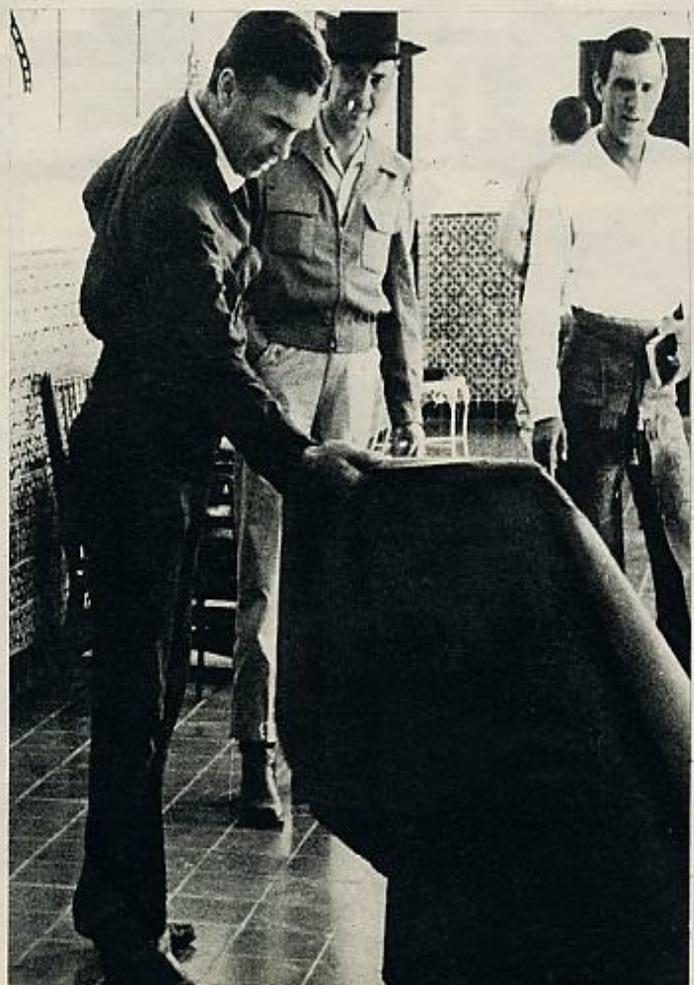
lidad del seductor Rubirosa, tuvo un papel decisivo en la política exterior de su país. No perdió contacto con la familia Trujillo, a pesar de haberse divorciado de Flor de Oro en 1942, y realizó varias gestiones diplomáticas delicadas: es probable que desempeñara un papel político secreto que no ha sido hasta el momento aclarado: el procu- **SIGUE**

A pesar de su edad —cincuenta y seis años en el momento de morir—, Porfirio Rubirosa se encontraba en perfecta forma física, gracias a su práctica del deporte.





Rubirosa participó en varias competiciones automovilísticas. En la foto, antes de tomar la salida en el Gran Premio de La Habana, 1958. Foto inferior izquierda, en la finca de Carlos Arruza, en 1957, toreando de salón. En la otra fotografía, aparece con Zsa Zsa Gabor, el más tumultuoso affaire sentimental de Rubirosa.



PORFIRIO RUBIROSA



He aquí el estado en que quedó el automóvil de Porfirio Rubirosa después del accidente que le costó la muerte. El «Ferrari» descapotable del «play-boy» se estrelló contra un árbol del Bois de Boulogne. En la foto inferior, en su despacho: Rubirosa ha desempeñado cargos diplomáticos delicados durante la dictadura de Trujillo.

rador del Estado de Nueva York ha abierto una encuesta sobre desapariciones de dominicanos en los Estados Unidos. Cada vez que se ha vuelto sobre este asunto siempre apareció implicado el nombre de Rubirosa pero, inmunizado por su condición de diplomático, nunca ha sido molestado. También se ha dicho que Rubirosa colaboró en sacar del país la fortuna que colocaron en los bancos europeos y norteamericanos los descendientes del antiguo gobernante. Seductor, político... y deportista. Jugador de polo, corredor de automóviles. La imagen completa de un «play-boy». Pero después de su divorcio de Danielle Darrieux, Porfirio Rubirosa no estaba completamente satisfecho del rumbo de su vida.

Ahora había que remontar vuelo. Su tercer matrimonio fue con Doris Duke, la hija del rey del tabaco, el propietario de los cigarrillos «Camel». Seis años duró este matrimonio, aunque durante este tiempo fue cuando Rubirosa mantuvo su tempestuoso romance con Zsa Zsa Gabor. Se separó de ésta y se divorció de su mujer para casarse con la mujer más rica del mundo: Bárbara Hutton. El divorcio de su tercera esposa le benefició con un millón de dólares. A los setenta y tres días de matrimonio con la Hutton

consiguió el divorcio y una indemnización mayor: dos millones de dólares y un avión. Porfirio estaba lanzado internacionalmente. Introducido en todos los ambientes, miembro del clan Sinatra, representante selecto del restringido club de «play-boys» internacionales.

Y un día, los periódicos de todo el mundo declararon que don Juan se había enamorado: Casanova Rubirosa se casaba con una muchacha que iniciaba su carrera teatral, que no era famosa, que no era millonaria, que, por tanto, no podía proporcionar nada al «oportunista» Rubirosa. En 1957 contraía su quinto y definitivo matrimonio con Odile Rodin. Desde entonces, las crónicas mundanas hablaban del ocaso del «play-boy» que durante veinte años más había dado que hablar.

Después de ese eclipse, nuevamente vuelve a la actualidad Porfirio Rubirosa. Su nombre se escribe a título póstumo. En su «Ferrari» descapotable, a ciento cuarenta por hora, en un amanecer que concluía una jornada de fiesta, mientras su mujer le esperaba en el hogar, ha muerto el primero —y el último— «play boy» de nuestra época.

(Reportaje gráfico DALMAS)

